

El y Beltran de la Cueva  
A quien con prisa llamó,  
Están Don Beltran en pie,  
Y él tendido en su sillón.  
Decora del gabinete  
El magnífico interior,  
Cuanto de rico y espléndido  
Monarca jamas juntó.  
Cuelga una lámpara de oro  
Del cincelado arteson,  
Forrados en terciopelo  
Los muros en derredor;  
El pavimento de alfombras  
Esquisitas se vistió,  
Y sobre el rey pende inquieto  
De plumas un pabellón.  
Delante tiene á una fiesta  
Preparado un velador,  
Cual le anhelaran cubierto  
La codicia y la ambición.  
Copas y cubiertos de oro;  
Bajilla que cinceló  
Diestro artista, á quien por ella  
Dieron riquezas y honor.  
Y á su lado entre perfumes  
En pródiga ostentación,  
Doble y superior servicio  
Sobre un ancho aparador.  
Siguiendo el rey y el privado  
Su rota conversacion,  
El vasallo respondia,  
Preguntándole el señor.  
—¿Con que lloraba?

—Doliente  
En mis brazos se arrojó  
Diciendo: "Es él quien lo manda?"  
—¿Y qué respondisteis vos?  
—Que en ello vuestros madatos  
No admitian dilacion.  
—Muy bien dicho. Y á esa orden  
¿Ella qué dijo?

—Señor . . .  
—Sin escrúpulos decid,  
Beltran, que en esta ocasion  
Si alguien debiera tenerlos,  
Vos cabalmente no sois.  
Mas os juro por mi vida  
Que no me acosa el menor;  
Por el bien de mis vasallos  
Tengo en esto obligacion.  
Conque ¿qué dijo?

—En injurias  
Su lengua se desató.  
—¡Hola, hola!

—Lamentando  
Vuestra inconstancia en amor.  
—No fué mucho, don Beltran;  
Pero ya, gracias á Dios,  
Tenemos algo de mundo  
Y ha tiempo uso de razon.  
Y ¿qué mas?

—Roja de rabia  
Mal caballero os llamó,

Indigno de vuestra estirpe,  
Hipócrita y seductor.  
—Ese ya es otro cantar,  
Buen Beltran, mas tengo yo  
Para mí que el injuriarme  
Era pedirme perdon.  
—A vuestro real pensamiento  
Sin oponer la menor  
Contradiccion, yo os dijera  
Que me asiste otra opinion.  
—Cómo? decid.

—Doña Inés  
Por ultrajada se dió,  
Y serenándose al punto:  
"Bien, caballero; ¿sois vos  
[Me dijo con voz resuelta]  
Mi guarda ó mi conductor?"  
—¿Y vos?

—Señora, le dije,  
Otro el rey os preparó.  
—¿Y ella?

—Añadió: "Pues decidles  
De mi parte á ambos á dos,  
Que apresuren nuestro viage,  
Que estoy pronta y noble soy;  
Y al rey en particular,  
Que escuse toda ocasion  
De sincerarse, que siento  
Tal desprecio por su amor,  
Que si al paso se me pone  
Ni aun he de mirarle yo."  
—Bravamente lo ha pensado;  
No lo hiciera yo mejor.  
¡Pobre muchacha! En las redes  
Que la he tendido cayó.

Callaron por un instante  
El privado y el señor,  
En consulta cada cual  
Con su propia reflexion.  
En esto confusamente  
Del muro en el interior,  
Con misteriosa cautela  
Llamada ó seña sonó.  
—¿Han llamado?  
—Sí por cierto.  
—Ellos serán.

—Sí señor.  
—Abrid y en mis conjeturas  
Ayúdeme el vino y Dios.  
Con un oculto resorte  
Don Beltran la puerta abrió,  
Y entraron por ella un page  
Y el flamenco vencedor.  
Tendió el flamenco la vista  
Sin señal de turbacion,  
Por todo cuanto le alumbran  
Las luces en derredor;  
Y sereno, altivo, inmóvil  
En la misma posicion,  
Con la visera calada  
Callando se conservó.  
—Venid, le dijo, dejando  
El monarca su sillón,

Venid al igual conmigo,  
Ilustre batallador.  
Alivios de esos hierros,  
Ocupad ese sillón,  
Y tendedme vuestras manos,  
Que á fé que me harán honor.  
Beltran, que sirvan la cena;  
Y en tan dichosa ocasion  
Chipre, el Vesubio y Falerno  
Nos presten gozo y valor.  
¿No os sentais?—El caballero  
Sin moverse respondió:  
—Yo soy un aventurero  
Que por mis desgracias voy  
Cumpliendo una penitencia  
Que me han impuesto, señor.  
No puedo mostrar mi rostro,  
Mi nombre, ni mi blason,  
Sino al hombre que me veuza  
En las armas superior;  
Y entonces será pidiéndole  
En nombre del sumo Dios,  
Que me pase compasivo  
Con la daga el corazón.  
—Caballero, pues que todo  
Me convence que lo sois,  
Dijole el rey ¿no pudieran  
Alzar ese voto en vos  
La voluntad de los reyes,  
Ni aun para haceros honor?  
Porque en verdad que me afije  
Al daros por galardón  
Mi amistad y mi palacio,  
No saber á quien los doy.  
—Por respeto á mi rey solo  
Voy sin ventura, señor;  
Ved si estimo vuestras dádivas  
Como de quien ellas son.—  
Miró al caballero el rey  
Con ojo escudriñador,  
Y comprimiendo los labios  
A don Beltran los volvió  
Diciendo:—¿Cómo ha de ser!  
La voluntad es de Dios.  
Mas ya, señor caballero,  
Que la suerte me privó  
Del placer que me esperaba,  
Pediros quiero un favor.  
—Será mandato, y cumplirlo  
En mí será obligacion.  
—¿Jurad que lo cumplireis.  
—Jamás he jurado yo;  
Que tengo en mas mi palabra  
Que el juramento mejor.  
—Dispensad, que anduve torpe,  
Concededme por perdon  
Un brindis.  
—Eso mas bien,  
Con mil amores, señor.  
Llenó don Beltran las copas;  
Una cada cual tomó,  
Y alzándose la visera  
El flamenco lidiador,

Encubiertas las mejillas  
Con un antifaz mostró.  
—Engañásteis mi esperanza,  
Dijole el rey.

—¿Ah señor!  
Para encubrir mi desdicha  
Es doble mi precaucion.  
—¿Y quién tanta penitencia  
A imponeros alcanzó?  
—Mi vergüenza.

—Y ¿por qué trazas? . . .  
—De una mujer se valió.  
—Basta y brindad, caballero;  
El que buscaba sois vos.  
Bebieron ambos: la mano  
El monarca le tendió.  
—Y ahora, le dijo, escuchadme,  
Si os place, con atencion.  
¿Quereis llevar en secreto  
Una dama de alto honor  
A Portugal?

—¿A la misma  
Constantinopla, señor,  
Centellándole los ojos,  
El hidalgo respondió.  
—Está bien. Beltran, mis órdenes  
Llevad á esa dama vos;  
Que al punto partan.—Tomad.  
En ese pliego que os doy  
Encontrareis, caballero,  
Mi voluntad superior.  
En pasando la frontera  
Le abrireis; y en tanto no,  
Ni vos ni nadie á la dama  
Mantenga conversacion.  
Ved que en ello os va la vida,  
Pues gentes os daré yo  
Que os velen y os acompañen  
Por mi reino.

—Eso, señor,  
Mas es castigo que premio.  
—Negocios de corte son,  
En que á par necesitamos  
Yo prudencia, y vos valor.  
De vuestros treinta ginetes  
Hasta diez irán con vos;  
Los demas á la frontera  
Los enviaré luego yo.  
¿Comprendisteis?

—Comprendí.  
—¿Prometeis? . . .

—Delante á Dios  
Os aseguro que nunca  
Mi ventura fué mayor.  
—Ah, mirad, se me olvidaba:  
Este pequeño cajón  
Llevareis á su destino.  
—Decidme su dueño.

—Vos.  
Es un presente que os hago,  
Que os probará, salvo error,  
Que es mi memoria tan larga  
Cuanto la vida en los dos.

Conque si os cumple, brindemos  
A vuestra vuelta.

—Señor.

Nadie cuenta con su suerte.  
—No me la aseguro yo;  
Mas si á mi España volveis,  
Tal vez halleis lidiador  
Que os arranque vuestro nombre,  
Sin ver vuestro corazón.  
A vuestra salud, hidalgo,  
Y a que nos ayude Dios.  
El rey apuró su copa,  
Y apartando el pabellon,  
Por una puerta secreta  
Del gabinete salió.

#### CONCLUSION.

Es una tarde nublada  
Que espléndido el sol no alumbraba,  
Velado entre las neblinas  
Que el cielo cóncavo enlutan.  
Recio y norte sopla el viento,  
E interceptada y confusa  
La vista á distancia corta  
Los objetos no columbra.  
Es un estrecho camino  
Dó entre la arena menuda  
Brotó á pedazos un césped  
Que la marcha dificulta;  
Y por entrambos sus lindes  
Mecén sus ásperas puntas  
Zarzas que guardan con ellas  
Frutos que nunca maduran.  
Por él á rápidos pasos,  
Temiendo la noche oscura,  
Las fronteras españolas  
En triste silencio cruzan  
Una dama en su litera  
A la merced de dos mulas,  
Un caballero que el rostro  
Bajo el capacete oculta,  
Y hasta cuarenta ginetes  
Que les custodian la ruta.  
Apenas en Portugal  
Fijaron planta segura,  
Oyóse del caballero  
La pujante voz robusta.  
"Alto, dijo; nadie pase.  
Cada cual consigo cumpla;  
Los españoles á España,  
Y mis gentes aquí juntas."  
A este mandato obedientes,  
Como cosa en que no hay duda,  
Los de España saludando  
Tornan á su España grupas,  
Y á la espalda los flamencos  
De su capitan se agrupan.  
Este, entonces, con la risa  
En sus labios insegura,  
Esclamó: "Ya está en mis manos

"Su secreto y su fortuna.  
"Enrique, si en esta dama,  
"Que en verdad lo será tuya,  
"A aclararme tu vergüenza  
"No sirve cuanto discurra,  
"Me libro de mi palabra,  
"Pues mi razon me disculpa,  
"Y á recibir te prepara  
"Por tus injurias, injurias."  
Y rasgando el sello real  
Que el pergamino le oculta,  
Leyó estas negras palabras  
Escritas de la real pluma:

"Mi valiente aventurero,  
Don Rui Pero Sandoval;  
Pues segun me son testigos  
Las justas de don Beltran,  
Tanto os place los corceles  
De nuestras damas guiar,  
Ahí llevais á doña Inés,  
A quien en Dios y en verdad  
Podeis á donde os contente  
Desde este punto llevar.  
Y porque memoria mia  
No os falte desde hoy jamas,  
El regalo que me hicisteis  
En ese cajon llevais.  
Mas os prevengo que cauto  
No entreis en Castilla mas,  
Que en ella os espera una horca  
Mas alta que la de Amán."

Los ojos desencajados,  
La lengua en la boca muda,  
Contemplando el pergamino  
Que entre las manos estruja,  
Quedó el duque don Rui Pero  
Sin intencion que le acuda.  
Volviendo al fin en su acuerdo  
Victima de interna lucha,  
Con que le acosan á un tiempo  
Los recuerdos y las dudas,  
A la litera lanzóse,  
Y asiendo las vestiduras  
De la dama, á viva fuerza  
Sacándola la pregunta:  
—¿Quién sois? Por Cristo bendito  
Que lo diga y se descubra.  
Ella de dolor transida  
A tales voces se turba,  
Y el duque le arranca el velo  
Cogiéndole de las puntas.  
Blasfemó el duque; y asiendo  
Con mano audaz é iracunda  
El cajon que le dió el rey,  
Le estrella en la tierra dura.  
Rodó por el campo estéril  
Una cabeza insepulta.  
Desmayóse doña Inés,  
Corrió una lágrima turbia  
Por los párpados del duque.  
Mas amarga que cicuta;

Y en el solemne silencio  
De aquella tragedia muda,  
De entre un pabellon de nubes  
Pálida asomó la luna.

#### LAS DOS ROSAS.

En un escondido valle  
Hay todavía una torre  
Vecina al Carrion, que corre  
De chopos entre una calle.  
Castillo dicen que fué  
Poderoso, mas ya apenas,  
A través de dos almenas,  
Su ilustre origen se vé.  
Tendidos sobre una altura  
Véense un torreón y un muro,  
Pero en monton tan oscuro  
Que medrosa es su figura.  
Brotó á sus pies sin respeto  
Espeso zarzal salvaje,  
Cuyo espinoso ramaje  
Vejeta al peñon sujeto.

Ya no hay ni mohan ni senda  
Que á su rastrillo conduzca,  
Ni puerta en que se deduzca  
Que hay dentro quien la defienda.

Allá por algunos trigos  
Que crecen en derredor,  
De su ruina y su dolor  
Imperturbables testigos,  
Hay paredes que á pedazos  
Están mostrando que ayer  
Pudieran bien mantener  
Un pueblo sus rotos brazos;  
Hoy en pajiza cabaña  
Vela un pastor el misterio  
De aquel corto cementerio  
Que el agua del Carrion baña.

Allí una generacion  
Duermes tal vez escondida . . .  
¡Así de la amarga vida  
Las cosas frágiles son!  
Sin curar de historias viejas  
Al són de toscos estribillo,  
El encierra en el castillo  
Por la noche sus ovejas.

El agua y el tiempo pasa  
Y él no pasa de pastor;  
Pues no ha de ser su señor,  
Poco le importa la casa.

Al preguntarle qué fué  
La techumbre á que se acoge,  
Hombros y labios encoge,  
La mira y dice "no sé."

Los dias que van pasando  
La colina gastarán,  
Y al cabo concluirán  
El castillejo enterrando.

Entonces ya de la historia  
Del edificio primero,  
Ni el pastor ni el pasagero  
Tendrán confusa memoria.  
Apiñada en un hogar  
En derredor de la lumbre,  
Desvelada muchedumbre  
La oirá acaso contar.

Contarála un peregrino  
A quien tal vez por su cuento  
Darán escaso alimento  
Para seguir su camino.  
Y yo que siempre miré  
Como un viage nuestra vida,  
Por historia entretenida  
Del olvido la saqué.

Si rebelde vuestra alcoba  
Mal que pese á vuestro empeño  
Os ahuyenta el blando sueño,  
Yo voy á entonar mi trova.  
Escuchadla; y si al calor  
Os dormís de vuestra almohada,  
De una noche sosegada  
Sois deudores al cantor.

El sol del medio del cielo  
Brillantes rayos despide,  
Que del Carrion reverberan  
Entre las ondas humildes.  
Engrosadas van ahora  
Con las nieves que derrite  
En las crestas de las sierras  
Con que Castilla se ciñe;  
Y entrambas riberas bordan  
Con duros hielos que oprimen  
Los restos que dejó mayo  
De sus céspedes sutiles.  
Altos y desnudos chopos  
Las orillas le dividen  
Que al agua las ramas tienden  
Porque en el agua se miran,  
Y ellas ufanas pasando  
Por la sombra que reciben,  
Con blanco mumullo lamen  
Los troncos y las raices.  
Es un dia puro y diáfano  
Cuanto Diciembre permite,  
Que en su mustia presidencia  
El sol del invierno brille  
Alegre cuanto alegrarse  
Es permitido á los tristes,  
Diáfano cuanto la niebla  
A un sol sin fuerza se rinde.  
Y es un pueblecillo oculto  
Tras una peña, en que firme  
Estriba un alto castillo  
Que de protector le sirve.  
Dos esquilonos agudos  
En disonante repique  
El toque de medio dia  
A aire en calma despiden:

Y en medio están de la plaza  
 Cuantos hidalgos la viven,  
 Los sombreros en la mano  
 Inclinadas las cervices.  
 Las mugeres, apartadas  
 Sus labores mugeriles,  
 Esperan devotamente  
 Que los hombres se santigüen.  
 Los muchachos impacientes  
 A hurtadillas se sonrien,  
 Por mas que les amonestan  
 Los viejos que les imiten.  
 En un balcon de una casa  
 Que mas alto nombre pide,  
 Por los roidos escudos  
 Con que sus paredes viste,  
 Por los vidrios que al son dejan  
 Que su interior ilumine,  
 Y los calados de un arco  
 Que mal al tiempo resiste,  
 Hay dos personas que, vueltas  
 De espaldas al sol, impiden  
 Que se alcance desde abajo  
 Si recen ó se platiquen.  
 Una es (con soles por ojos  
 Y por labios alélie)  
 La mas hermosa villana  
 Que con hidalgas compite;  
 Rosa nacida en el campo  
 Entre zarzales y mimbres,  
 Pero á quien ceden vencidas  
 Las rosas de los jardines.  
 Ufanos la engalanaron  
 A porfia los abriles,  
 Con cuantos juntaron gracias  
 Uno tras otro hasta quince.  
 Diéronla negros cabellos,  
 Cútis que afrenta á los cisnes,  
 Dentadura igual y enana,  
 Cuello torneado y flexible.  
 Orlan sus párpados blancos  
 Largas pestañas sutiles  
 Coronadas por dos cejas,  
 Arcos que enojan al iris.  
 Cintura escasa, alto pecho,  
 Pié breve, resuelto y libre,  
 Y dos manos que semejan  
 Ramilletes de jazmines.  
 Bellísima es la tal Rosa,  
 Por mas que el pueblo critique  
 El orgullo con que ostenta  
 Sus encantos juveniles.  
 Las mozas, que se recata  
 De sus amistades dicen:  
 Que es la inconstancia excesiva  
 Con que desprecia á quien rinde.  
 Las viudas, que es demasiada  
 La libertad con que vive,  
 Y muchos los forasteros  
 Cuyas visitas admite;  
 Y las viejas, de su madre  
 Murmuran que las recibe  
 Con audacia escandalosa

Y confianza reprehensible.  
 Mas Rosa y Brígida en ellas  
 Con tan poca cuita siguen,  
 Que si estos murmullos oyen  
 Se deleitan en oírles.  
 Por eso tan cortésano  
 Baja don Bustos Ramirez  
 Diariamente á su casa  
 Del castillo en que reside  
 Baron altanero y mozo  
 Afortunado en las lides,  
 Cuyas riquezas esceden  
 A lo ilustre de sus timbres,  
 Dejó há poco de la corte  
 La perezosa molicie,  
 Las damas voluptuosas  
 Y los ruidosos festines,  
 Por la calma de sus tierras,  
 Donde su presencia exigen  
 Los negros ojos de Rosa  
 Que diz que en los suyos vive.  
 Es cierto que se susurra  
 Que un mancebo que la escribe,  
 Palabra de casamiento  
 Tiene de ella, y que es difícil  
 Que la renuncie si vuelve,  
 Lo que es tal vez muy posible.  
 Mas don Bustos es mancebo  
 De nobilísima estirpe;  
 Baron que manda vasallos,  
 A quien escuderos sirven,  
 A quien pages acompañan,  
 Y á quien mucho el rey distingue.  
 Es señor de horca y cuchillo,  
 Rey en aquellos confines,  
 Y á quien plebeyos é hidalgos  
 Pecho y homenaje rinden.  
 Y no es otro el que con Rosa  
 Sobre el balconcillo sigue,  
 Dando á la plaza la espalda  
 Mientras que dura el repique.  
 Al fin santiguado el monge  
 Que el templo del lugar sirve,  
 Cada cual tornó á su espera,  
 Y á sus requiebros Ramirez.  
 Apoyado sobre el codo  
 Deja que el cuerpo se incline,  
 Guardando tras una mano  
 Una mejilla invisible;  
 Y á favor de esta postura  
 Al pueblo curioso impide  
 Que le aceche las palabras  
 Que á la muchacha dirige.  
 En la espresion inefable  
 Con que Rosa le sonrie,  
 Bien se ve que en vez de enojos  
 Satisfacciones recibe.  
 Ni ménos de sus palabras  
 El castellano se afige,  
 Pues cuanto ella mas tolera  
 Mas él confiado insiste.  
 El platica: ella le escucha  
 Sin que altanera le esquivé,

Y él mas se le acerca osado  
 Cuanto ella oyéndole sigue.  
 Hubo un instante de aquellos  
 Que el amor llama felices,  
 Que con el alma se sienten  
 Y con el alma se miden,  
 En que los ojos de Rosa  
 Tomaron indefinible  
 Una espresion que imitaba  
 El gozo en los serafines.  
 Brotándole de ambos ojos  
 Sobre los puros matices  
 De ambas mejillas, dos lágrimas  
 Ardientes, irresistibles,  
 Y apenas aparecieron,  
 Cuando rápido Ramirez,  
 Secando una con sus labios,  
 Así imprudente la dice:  
 "Mañana serás mi esposa.

—Señor!

—Mañana.

—¿Es posible?

—Aquí mi palabra empeño  
 Mañana es fuerza que brille  
 Mi castillo con tus ojos,  
 Con tu hermosura mi estirpe."  
 Bajó, esto dicho, á la plaza  
 El impetuoso Ramirez,  
 Y al monge y al pueblo atento  
 Estas palabras dirige:

"Esta noche pueblo y valle  
 Con hogueras se ilumine:  
 Que redoblen los panderos  
 Y las campanas repiquen;  
 Que se remedien los pobres,  
 Que se consuelen los tristes,  
 Y todos á mis festejos  
 Desde ahora se conviden.  
 Mis aparadores cerquen,  
 Mis anchas eubas despiten,  
 Mis tesoros se repartan  
 Y se embriaguen con mis brindis.  
 Vasallos, de hoy por tres años  
 Quedais de tributes libres,  
 Y de este modo mis bodas  
 Se dispongan y dupliquen."

Rompió en aplausos la gente  
 Que su largueza bendice,  
 Y los vivas se redoblan  
 Y las gracias se repiten.  
 "Dádselas á la hermosura,"  
 Dijo don Bustos Ramirez,  
 Señalando á las ventanas  
 De donde ella le despide;  
 Y aplicando las espuelas  
 Al negro potro que rige,  
 Hace que en rápido escape  
 Al parque le precipite.

Quedó aplaudiendo la plebe  
 Agradecida y humilde,  
 Y Rosa aun en sus ventanas  
 Muy mal su orgullo reprime.

Algunas horas despues,  
 Ya bien entrada la tarde,  
 La tierra entregada en brazos  
 De las nieblas impalpables,  
 De una lámpara de cobre  
 A los rayos desiguales,  
 Lee Rosa unos pergaminos  
 Que acaba de darle un paje.  
 Pasaban sus negros ojos  
 De orgullo y placer radiantes,  
 De un renglon á otro renglon  
 Sin apenas descifrarles.  
 Los labios la sonreian,  
 Y trémulos dilatándose,  
 Por lo bajo murmuraban  
 Sonidos de cada frase.  
 Una caja de oclrosa  
 Madera tiene delante,  
 Y de un cordoncito de oro  
 Pende en su diestra una llave.  
 Dobló alegre el pergamino,  
 Y agradeciendo el mensaje,  
 Despidió al buen mensajero  
 Y á voces llamó á su madre  
 Subió la vieja asustada,  
 Recelosa de algun lance  
 Que en parientes ó en amigos  
 La fatal carta anunciase  
 Mas apenas en el cuarto  
 Puso los piés vacilantes,  
 Rosa, cerrando la puerta,  
 Díjola palabras tales:  
 "Entrad. Nuestra es la fortuna;  
 De contento no me cabe  
 En el pecho el corazon,  
 Ni atino cómo esplicarme."  
 Brígida exclamó angustiada;  
 "Por Dios, muchacha, que acabes,  
 Que tengo el alma en un hilo.  
 —Esta llavecita la abre.  
 —¿Pero qué se abre?

—Esa caja.

—¿Válgame el cielo! ¡diamantes!

—Sí por cierto.

—¿Y quién? . . .

—Es mia.

—¿Quién te la ha dado?

—Ese paje.

—¿De don Bustos?

—De don Bustos.

—Y tomarla es . . .

—Indudable.

Es el regalo de bodas

Que el de Ramirez me hace.

—¿De bodas!

—¿Pues si me caso!

—¿Muchacha! Vas á matarme

Con tanto rodeo. Acaba.

—Por Dios que sois torpe, madre.

Si la caja es de don Bustos,

¿Con quién quereis que me case

Sino con él?

—¿Con tan alto

Baron piensas casarte?

—¿Qué me falta para ello?  
¿No son mis ojos bastante  
Para que pueda mi frente  
Con su corona igualarse?  
¿No soy hermosa?

—Eso sí.

—Oh! y no porque yo me alabe,  
Pero si encuentra otra Rosa,  
No digo yo en todo el valle,  
Sino en la corte, en España,  
Si la encuentra . . . que se case."

Y así diciendo, á un espejo  
De reojo contemplándose,  
Desplegaba una sonrisa  
Que diera envidia á los ángeles.

Viala la pobre vieja  
Sin que apenas la bastasen  
Para darla entero crédito  
Ni su accion ni su lenguaje.

Rosa en tanto, alta la frente,  
Los ojos de una á otra parte  
Inquietos y desdeñosos,  
Altivos los ademanes

Despreciando hosca y soberbia  
Cuanto en torno suyo trae,  
La majestad ensayaba

Que es forzoso que acompañe  
A quien ha de ver un día  
Sus vasallos humillarse,  
Y hacer á la plebe grupos  
Para verla cuando pase.

Después de largo silencio  
Que duró por ambas partes,  
Cuanto bastó á su esperanza  
Para alzar torres al aire,

Y amasar en sus adentros  
Tan rápidas novedades,  
A Rosa para engreirse,  
A la otra para asombrarse;

Asiéronse de la caja,  
Y dando vuelta á la llave  
Atónitas empezaron  
A gustar las realidades.

Allí ricos brazaletes  
Y diademas y collares,  
Allí amatistas y perlas,  
Cornalinas y corales;

Probarónse los anillos,  
Las pulseras de brillantes:  
No quedó nada por verse  
Ni nada por admirarse;

Todo pareció á propósito  
Hecho para aquel instante;  
Toda era espléndido y rico,  
Nada pequeño ni grande.

"Esta guirnalda, decían,  
Para el día en que te cases.  
—Si, el collar por la mañana,  
La diadema por la tarde.

—¿Linda estarás!  
—Ya vereis  
La vez primera que baje

A visitar á mi pueblo.

—¿Hechicera!

—¿Oh admirable!  
—¿Y qué dirán esas moñas  
De hidalguillas?

—Dejad que hablen.  
Ya me besarán la mano.

—Eso sí, por mas que rabien

—Se arañarán por un dije

Si yo se le regalase.

—Mal hicieras.

—¿Ah, ni un hilo

Para esas villanas, madre!"

Aquí llegaban gozosas

Cuando oyeron en la calle

Un caballo que en la plaza

Entraba á resuelto escape:

Paróse á su misma puerta,

Sintióse despues el grave

Rechinar de los portones

"¿El es!

—¿Quién?

—Don Bustos.

—¿Vaya!

—¿Pronto! Salid á alumbrarle.

Mandad que el potro le tengan,

Que le piensen y descansen."

Y asiendo la lamparilla

Temiendo que el tiempo falte,

Fuése hácia la puerta Rosa

Que hasta la escalera sale;

Pero antes que al picaporte

La linda mano llegase

Abriéronla por de fuera,

Y con pena de hija y madre

Entró cubierto de lodo,

Sangrientos los acicates

Y armado hasta los bigotes

Su pariente Pedro Ibañez.

Quedó estúpida la vieja;

Tornóle Rosa el semblante,

Y él tendiéndolas los brazos

Dijo: "yo soy, abrazadme."

Dejó la luz la muchacha,

Y del mozo retirándose,

Replicóle: "Bien venido:

Pero has llegado muy tarde."

—

Asentados en silencio

En derredor de la mesa

Están Ibañez y Rosa,

El triste, y mohina ella.

Rosa los ojos clavados

En el techo, airada muestra

El disgusto con que á Ibañez

En aquel punto contempla:

Y en vano del bello mozo

La vaga mirada inquieta

Las miradas de la ingrata

Porque se encuentren acecha.

En vano tras de la lámpara

Se ampara en la sombra negra,

Y la ocasion esperando  
Los ojos le reverberan.  
En vano sobre el asiento  
Se revuelve y se impacienta,  
Haciendo á cada postura  
Que rechine la madera;  
En vano desenlazando  
Del almete las correas,  
Sacudió como al deseuilo  
De la gola entrambas piezas;  
En vano al salir la espada  
Tropezó con las espuelas,  
Y retumbó el aposento  
En rápido son de guerra.  
Rosa ni por reprenderle  
Ni por saludarle atenta,  
Sobre el mancebo los ojos  
Bajó un instante siquiera.  
De la habitacion en torno  
De uno á otro objeto los lleva,  
Cual si fuese inventariando  
Todos cuantos hay en ella.  
Viga á viga midió el techo,  
Liston á liston la estera,  
Contó al parecer los vidrios  
De la alcoba y de las puertas,  
Los pliegues de su cintura,  
Las rayas que hay en la mesa  
Y las líneas que sus manos  
Por ambos lados presentan.  
Escuchó el silbar del cierzo  
Que revuelve la veleta,  
El rumor de los que pasan,  
La bulla de las hogueras.  
Todo lo que no es Ibañez  
Parece que la interesa,  
Hasta el son con que la lámpara  
Húmeda chiporrotea.  
Pero el mozo allí se está  
Y arrobado la contempla,  
Y dos lágrimas de fuego  
Por las mejillas le ruedan.  
Cansado ya de esperar,  
Y desesperado de ella,  
Díjola con voz tan blanda  
Que contestaran las piedras:  
"¿Qué es aquesto, vida mia?  
Rosa, ¿qué mudanza es esta?  
Tú al partirme me llorabas  
¿Y te enojas con mi vuelta?"  
Rosa callando seguia,  
Y él siguió de esta manera:  
"Héme aquí que vuelvo honrado,  
Mas tal vez que lo merezca,  
Amigo de los valientes,  
Querido en la corte mesma.  
Pensé merecerte ahora,  
Y he conseguido licencias  
Para casarme contigo  
Y alejarme de la guerra."  
Rosa callando seguia  
Como á quien oír le pesa,  
Dando entre las blancas manos

A los ceñidores vueltas.  
Ibañez, apenas dueño  
De su rebelde paciencia,  
Entre ofendido y colérico  
Aguardaba una respuesta,  
Hasta que viendo que Rosa  
Toda agotársela intenta,  
Con sordo acento la dijo  
Zelosos ojos tendiéndola:  
"Si las nuevas que hube tuyas  
Cuerdo estimase por ciertas,  
Vive Dios que no tornara,  
Rosa ingrata, para verlas.  
Si pensara yo que imbécil  
El oro te enloqueciera,  
Trajera cuanto mi lanza  
Para los cobardes deja:  
Y si que ansiabas supiese  
Honras de vana nobleza,  
Prendiera yo al condestable,  
Y conde ó marques volviera.  
Pero yo te quise, Rosa,  
Aunque altiva no opulenta,  
Y pensé que por valiente  
Simple hidalgo me quisieras."

Rosa á este punto dejando  
El sillón en que se sienta,  
Díjole: "Ibañez, dejemos  
Semejantes controversias:  
Si te quise y no te quiero . . . .  
—¿Por Dios vivo! . . . .

—Ten la lengua

Mañana mismo me caso,  
Y por súplica postrera  
Espero que de este pueblo  
Partas esta noche mesma.  
Seré inconstante, traidora,  
Liviana . . . cuanto tú quieras

Pero lo tengo pensado  
Y estoy, Ibañez, resuelta.  
—Pero . . . .

—Tu empeño es inútil

Mi voluntad es aquesta.

—Y tus votos . . . .

—Fueron falsos

—Y tus caricias . . . .

—Quimeras.

—¿Y tantos años perdidos

En ilusiones risueñas!

¿Tantos sudores y afanes,

Tantos peligros por ella!

¿Virgen santa! yo deliro.

¿Qué infernal vision es esta?

Porque á juzgarla posible

Tanto tiempo no viviera."

Y así Ibañez exclamando

Se asía de las melenas

Desencajando los ojos

Como á quien sueños aquejan.

Rosa, la luz en la mano

Caminando hácia la puerta,

Miraba el dolor de Ibañez

Con espresiva impaciencia.